

Fecha 08.02.2010	Sección Primera	Página 22
----------------------------	---------------------------	---------------------

[o] **AGUSTÍN BASAVE**

No podría relatar todas las cosas que don Luis Colosio me enseñó. Era un venero de sensatez, dueño y señor de ese sentido común que es, en efecto, el menos común de los sentidos.

AGUSTÍN BASAVE*

Don Luis Colosio

Invariablemente lo encontraba con su bonhomía en ristre. Era un norteño franco, que eludía los circunloquios del altiplano. Era un hombre que conocía los hondones de la naturaleza humana, que daba en la forma más modesta y llana las más sofisticadas lecciones de vida.

Lo conocí en la antesala de la oficina de su hijo en el PRI, a principios de 1989. Estaba él tomando café y leyendo el periódico, intentando pasar desapercibido entre el tráfico de la mañana, con su talante de hombre bueno. Me trató como trataba a todos, con una gran amabilidad. Mostró curiosidad genuina por mi trabajo; me preguntó qué había estudiado, cuáles eran mis responsabilidades, qué pensaba de la situación del país. Yo tenía entonces 31 años y acababa de integrarme al equipo de Luis Donaldo Colosio. Me impactó la disposición con que este hombre mayor, padre de quien apuntaba a la Presidencia de la República, se tomó media hora para enterarse de los antecedentes académicos y la vocación de un joven desconocido. Cuando me despedí de él para entrar a una reunión de trabajo me pidió que continuáramos nuestra conversación otro día.

Así lo hicimos. Cada vez que él visitaba nuestras oficinas, yo buscaba la manera de saludarlo. Invariablemente lo encontraba de buen ánimo, con su bonhomía en ristre, listo para discutir conmigo cualquier tema de actualidad. Muy pronto me di cuenta de que encarnaba la sapiencia terrenal y la espiritualidad que poseen quienes han vivido en pueblos rurales y han luchado para mantener la indispensable comunión entre la tierra y el cielo. No era un erudito, era un sabio. Y era también un norteño franco, que eludía los circunloquios del altiplano. Era, en suma, un hombre que conocía los hondones de la naturaleza humana, que daba en la forma más modesta y llana las más sofisticadas lecciones de vida y que sin embargo conservaba la avidez por todo aquello que no tuvo oportu-

Continúa en siguiente hoja



Fecha 08.02.2010	Sección Primera	Página 22
----------------------------	---------------------------	---------------------

tunidad de estudiar.

Conocer a don Luis era conocer a Donaldo. La sencillez, la generosidad, la honestidad, la intuición, todo eso le venía de su padre. Un día a mediados de 1990 que acompañaba yo a mi jefe y amigo, un periodista le preguntó por qué no se le había subido el poder a la cabeza. “Políticos con carreras mucho menos meteóricas que la suya se han mareado”, le dijo, “¿por qué usted no?” La respuesta que le dio me hizo escuchar por primera vez un consejo que era liturgia: “Porque tengo un padre que me recuerda todos los días que no debo perder el piso”. Así era en verdad. Don Luis le aconsejaba sistemáticamente a Donaldo que no perdiera piso, que se mantuviera fiel a sus orígenes y a su educación. Si hubo algo en los discursos de Colosio que lo pintó de cuerpo entero es aquella famosa frase de “soy producto de la cultura del esfuerzo, no del privilegio”. Fue ese empeño paternal en trabajar muy duro lo que permitió la manutención de sus hermanos y la suya, y varias becas las que hicieron posible que estudiara su licenciatura y sus posgrados.

Recuerdo bien cuando lo reuní con mi padre en Monterrey; fue una delicia escuchar la charla entre dos vertientes de la sabiduría y la fe. Y nunca olvidaré aquel día de marzo de 1996 cuando, en mi oficina de la Fundación Colosio, llegó don Luis y pidió hablar conmigo. Lo recibí de inmediato, un poco sorprendido por la inesperada visita. Entró, me abrazó y sin más me preguntó con voz entrecortada qué había hecho su hijo para que lo hubieran asesinado. No supe qué decirle. Lo volví a abrazar y lloramos juntos, dos años después de haber enterrado a Donaldo. Así estuvimos unos breves instantes. Luego se dio la vuelta, caminó hacia la puerta y volvió sobre sus pasos. Me estrechó la mano y me hizo otra pregunta que me volvió a estremecer el corazón: “Agustín, ¿me permites llamarte de vez en cuando para que platiquemos?” Le respondí que me permitiera él a mí tener el privilegio de llamarle y de visitarlo todas las veces que fuera posible. “Es que me recuerdas a mi hijo...”, murmuró entre sollozos. Él se fue y yo me

quedé conmovido, adolorido, envuelto en una tristeza que me caló hasta lo más profundo.

No podría relatar todas las cosas que don Luis Colosio me enseñó. Era un venero de sensatez, dueño y señor de ese sentido común que es, en efecto, el menos común de los sentidos. Un rancharo inteligente, sensible y limpio que no se acomodó en la Ciudad de México porque conservó hasta el final su religación

con su Magdalena de Kino, con su Sonora entrañable. Tuve el placer de hablar con él muchas veces, aunque no tantas como las que debí haberlo hecho. Los aniversarios luctuosos de su hijo y las fiestas de cumpleaños de su nieto eran ocasión de reencuentro. La última vez que lo vi fue justamente en la boda de Luis Donaldo, hace seis meses. Estaba ya en silla de ruedas pero cuando me acerqué a saludarlo sonrió y me dijo las palabras más bellas que he escuchado en mucho tiempo. Después hablé por teléfono con él dos o tres veces, la última de ellas hace unas semanas, por intermediación de Alfonso Durazo. Antier en la madrugada me llamó Luis para avi-

Continúa en siguiente hoja

Página 2 de 3

Fecha 08.02.2010	Sección Primera	Página 22
----------------------------	---------------------------	---------------------

sarme que su abuelo había muerto, y ayer lo sepultamos en Magdalena, ya está con Donaldo y Diana Laura. Sólo me resta reiterarle a doña Ofelia, a Marta, Laura, Víctor, Marcela y Claudia, a Luis Donaldo y Mariana, las nueve palabras que les dejé: que el recuerdo de don Luis los aliente siempre.

**Profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana
abasave@prodigy.net.mx*

Don Luis me abrazó y me preguntó con voz entrecortada qué había hecho su hijo para que lo hubieran asesinado. No supe qué decirle. Lo volví a abrazar y lloramos juntos.